

Año III. Barcelona 13 de Setiembre de 1889 N.º 119

Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION, 17.

Director:

J. Fernández de la Reguera.

P. ROS



céntimos.

scaler

Vale tanto, que no hay modo
de alabar su habilidad.
En retratos, sobre todo,
es una especialidad.

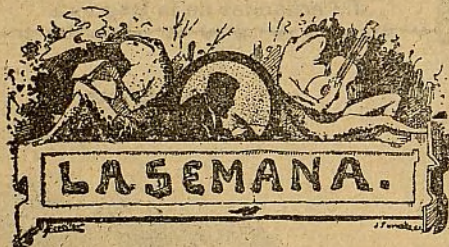


scaler

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

La Semana, por Luis Royo Villanova.—*Bonita comisión*, por Juan Perez Zúñiga.—*Pólvora en salvas*, por J. de Diego.—*Cornellana*, por Ricardo J. Catarineu.—*Ese es el mal*, por J. Martínez Lecha.—*Dos enfermos*, por A. Llanas.—*Desliz*, por Ramón Trilles.—*Dudas de una niña*, por F. Tristan de Larios.—*Lo siento mucho*, por Javier L. Crespo.—*Economías*, por Blas Quito.—*Friolerillas*, por C. C. Catalá.—*Reir y llorar á un tiempo*, por J. M.^a Codolesa.—*Sin respetar nada*, por J. Rodao.—*Chirigotas*, *Correspondencia y Anuncios*.
GRABADOS.—*P. Ros*, por Escaler.—*Cantares*, por Cilla.—*En el café*, por Escaler.—*Entre fámulos*, por A. Pons.—*La fuerza del sino*, por Cilla.—*Anuncios ilustrados*, por Escaler.—*En el estudio*, por Escaler.



No soy tan optimista ni tan ministerial que crea en la buena gobernación del Estado español, porque de todo menos de bien gobernados tenemos fama en las naciones extranjeras, pero tampoco creo que el gobierno—cualquiera que sea—tiene la culpa de todas las calamidades y desdichas que llueven sobre este país.

Por consiguiente, no puedo menos de tomará broma la reunión de los agricultores, para combatir al gobierno que, aunque sea una plaga, lo es muy benigna, comparada con el *mildew*, la *phylloxera* y la *langosta*, para combatir á las cuales, jamás se han celebrado *meetings* ni foruado «ligas agrarias.»

Pero ya se sabe que desde Tiberio Graco para acá, siempre han sido las cuestiones agrarias un arma de oposición de las más socorridas y simpáticas.

Barbastro, la famosa ciudad alto-aragonesa, patria de los Argensolas, es la ciudad favorecida por los ligueros, gracias á su descoco, porque descoco necesita tener una matrona para enseñar la *liga* á todo el mundo.

Aunque parezca otra cosa, no perderán el tiempo los labradores, ni olvidarán en Barbastro las faenas agrícolas.

Unos van á sembrar... cizaña; otros á cultivar... buenas relaciones; algunos á recoger... aplausos.

Y aun en el caso improbable de que el Congreso resultase una plancha y no saliera de él más que hojarasca y cosas peores, siempre produciría mucha utilidad para la agricultura; es decir, mucho abono para los campos.

—La tierra ante todo,—decía un ligüero—la tierra no debe pagar contribución; los soldados deben dedicarse á labrar la tierra...

—Pero, hombre de Dios, usted quiere que todo se lo trague la tierra.

Yo no sé si el absentismo es ó no perjudicial para la agricultura, pero que una de sus consecuencias, son estos pasatiempos oratorios es indudable, porque el labrador que trabaja sus campos se preocupa más del grano y de las heladas que de la contribución territorial. Quizás de la discusión salga la luz, pero lo que de

cierto no sale es el riego adecuado, ni la labor profunda, ni el abono conveniente, ni otras prácticas agrícolas, desconocidas ó mal empleadas en nuestro suelo.

Ahora dicen que la Liga Agraria va á presentar diputados en las próximas elecciones.

Ya pareció aquello.

Sería de desear, ya que se trata de lucir la Liga, que todos los candidatos fuesen gente de calzón corto, es decir, hombres del campo; pero ya verán ustedes como esto no sucede.

¡Qué pocas manos encallecidas por el timón del arado, qué pocos rostros tostados por el sol de la siega habrá entre los congreuistas!

—¿Usted cree que esto de la Liga pondrá en un aprieto al gobierno?

—Hombre, no lo dudo, porque ya sabe usted que las *ligas* solo aprietan á *medias*.

Los pequeños colonos, pegados al terruño, envidiarán la suerte de estos labradores que en pleno Septiembre—mes agrícola por excelencia—tienen tiempo sobrado para celebrar reuniones y congresos.

Verdad es que San Isidro labrador también tenía tiempo para rezar. Pero es que este santo tenía un angel que le llevaba el arado mientras él rezaba, y una ganga semejante no es de creer que se repita para ningún ligüero.

Los labradores se van á Barbastro.

Insectos, gusanos, orugas... ¡el campo es vuestro!

* *

Las irregularidades descubiertas en los presidios con motivo de un célebre proceso, la inmoralidad de las cárceles, las fugas de presos y demás *imbroglios* de nuestro sistema penitenciario, han motivado, sin duda, la actual expedición del subsecretario de Gracia y Justicia, que anda de Ceca en Meca, visitando en celdas y patios á lo más ex-cogido de la sociedad española.

Y bueno será que al respetable funcionario no se le olviden las tarjetas, porque pudiera darse el caso de no encontrar á nadie en casa.

Bravas cosas habrá visto á estas fechas el Sr. Arias Miranda, ó «Andas Mirando», como le llamarán por esas cárceles.

Respecto á la alimentación, dicen que deja bastante que desear el rancho de los presidios, cuyo fenómeno, si nada tiene de extraño en las cárceles de hombres, es muy raro suceda en las *galeras*, porque siempre la «comida de presa» ha llevado fama de suculenta, delicada y nutritiva.

Más de un alcalde habrá recibido la visita oficial, muy orgulloso al poder elogiar la moralidad del pueblo, mostrando inhabitada la cárcel del partido.

Quizá se hayan escuchado diálogos como el siguiente:

—Este pueblo es una balsa de aceite; venga V. E. y verá la cárcel: está tan vacía que ya no cabe más.

—Hombre, pues si afirma V. que «ya no cabe más» ¿cómo dice V. que está vacía?

¡Que el bendito San José ayude al ministro en la reforma penitenciaria!

Y me acuerdo del Santo Patriarca, porque el ramo de Penales se parece al ramo de San José en que es un ramo encima de una vara.

Entre indultados y fugados, son pocos los presidiarios que cumplen íntegra la condena.

Por eso oí lo siguiente en un examen de Derecho Penal:

—¿Qué opina V. de las condenas?

—Que no hay nada tan grosero ni tan mal educado.

—¡Hombre!

—Si señor; porque no tienen nada de *cumplidas*.

LUIS ROYO VILLANOVA.

¡BONITA COMISIÓN!

—Pues señor, tendrá un mal rato, ya le coge preparado, pero al fin lo ha de saber.

¿Cómo digo yo á Donato que se ha muerto su mujer?

Le diré que está indispuesta, según carta que he tenido, y que el dolor la molesta mucho más de lo debido.

Volveré luego á nombrarla diciendo que está peor y que sé que de salvarla desconfía ya el doctor.

¿Que él adivina la cosa? Mejor. Daré por cumplida mi misión ¡la más odiosa que yo he tenido en mi vida!

¿Y á qué aguardo? No lo sé. Salir del paso deseo. Hoy mismo se lo diré mientras damos un paseo. Si; me lo llevo conmigo, y, después de haberle hablado, si se lo cuenta otro amigo,

Aquella tarde, en efecto, fuimos al Retiro juntos y hablamos en el trayecto de diferentes asuntos.

Yo deseaba *soltarlo*, sin saber como empezar, y el hombre, sin sospecharlo, charlaba á todo charlar.

Se reía á su placer sin pensar en su costilla, ¡y yo, en tanto, sin poder clavarle la banderilla!

Por fin le llevé al terreno y no le dejé ya en paz. Le dije que Dios es bueno y que la vida es fugaz, que este mundo es un montón de penas y desengaños, que hay quien muere setentón y hay quien vive pocos años.

Le dije que, sin querer,

uno enferma á lo mejor y hasta suele suceder que se le lleve el Señor...

Mas Donato se reía y todo á broma lo echaba; y, en tanto, el tiempo corría y yo me desesperaba, diciéndome al observarle: «¿Quién es el guapo que ahora se atreve á comunicarle que ya no tiene señora?»

Total: me gané un mareo, pasé malísimo rato y terminé mi paseo mandando al cuerno á Donato

Pero al subir al tranvía, y al verle con ropa negra, le pregunté:—«¿Todavía llevas luto por tu suegra?»

Y él me dijo:—«No por cierto. Lo llevo por mi mujer, que ¡gracias á Dios! ha muerto, según me han contado ayer.»

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

PÓLVORA EN SALVAS

Conozco á dos muchachas, dos modistillas, que andan siempre en funciones de desagrazos, cambiando el dulce Mayo de sus mejillas por la ardiente *cáncula* de sus labios.

Y así, con estas vueltas al Almanaque, pónense en todo tiempo cara de Pascuas, y quien las vea á solas puede que saque los indiscretos ojos como dos áscuas.

Que, aunque á los hombres muestran odio latente y son dos corazones de marmol duro, viven estas muchachas constantemente con una borrachera de amor impuro.

En las vírgenes puertas de sus amores inútilmente llaman cien infelices, porque á sus más constantes adoradores les han dado con ellas en las narices.

En vano han pretendido verlas abiertas viejos y mozaibetes, guapos y feos, la llave de oro que abre todas las puertas y la ganzúa innoble de los deseos.

Son sus almas dos templos, sagrados lares donde para las Diosas solo hay sonrisas, y allí en secreto ofician en sus altares,

en vez de sacerdotes, sacerdotisas.

¡No nos quieren ni á tiros! Oprobio y mengua del sexo que las brinda placer divino, si fueran Académicas de la Lengua, anularan el *género masculino*.

Y ¡es claro! ¡se comprende que estas chiquillas, como á rivales suyos, nos armen grescal ¡si es su pasión extraña mar sin orillas donde hombre alguno sabe lo que *se pesca*!

¡Si son eternas flores primaverales que á Otoño nunca rinden dulce tributo! ¡si son como esas plantas ecuatoriales que se consumen solas y no dan fruto!

Pero no merecian haber nacido flores que así negaran el fruto á Otoño, y no pagan la vida, que han recibido de la naturaleza, con un retoño.

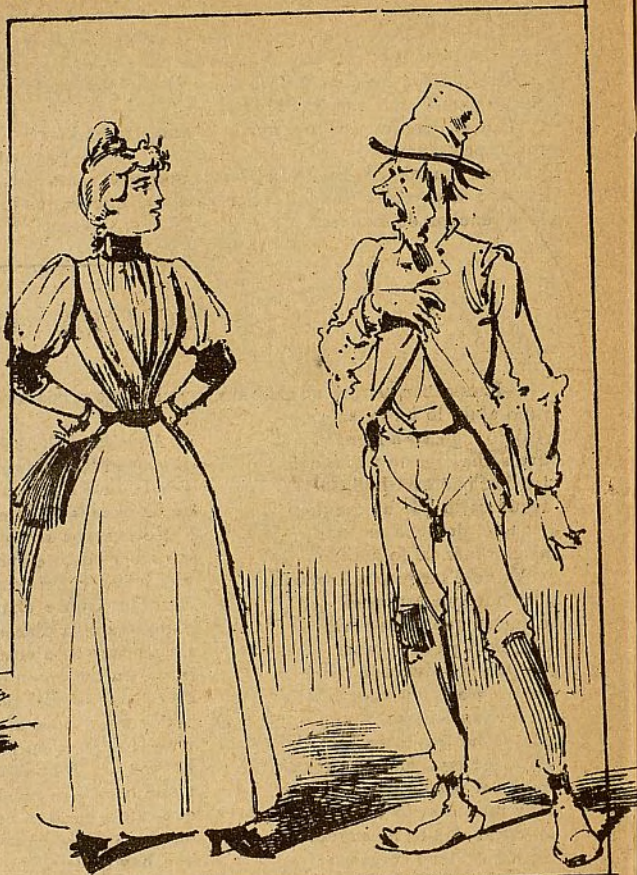
Cuando son feas, pase: del mal el menos; en ellas es un crimen ó una locura, porque una es flor y nata de cuerpos buenos y la otra es la espumita de la hermosura.

Mas no así lo comprenden estas chiquillas, víctimas inocentes de sus resabios,

CANTARES



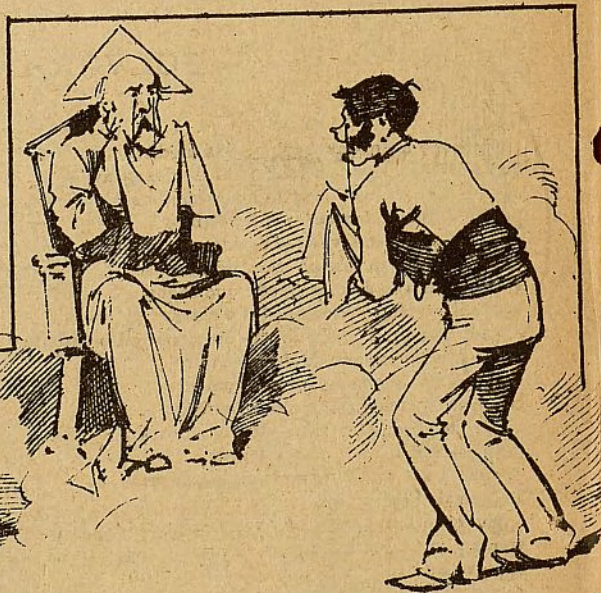
Yo me acerqué á un pino verde,
por ver si me consolaba;
el arbol, como era verde,
de verme llorar, lloraba.



Si tu madre tiene Usía,
anda, ve y dile á tu madre
que yo me llamo Jamones
y me estoy muriendo de hambre.



¡Quién en tu cuarto estuviera
y la puerta se cerrara
y la llave se perdiera
y el herrero reventara!



Lamentando mis penitas,
me fui á ver al Padre Eterno
¡y el Padre Eterno lloraba
de mirar mi sentimiento!

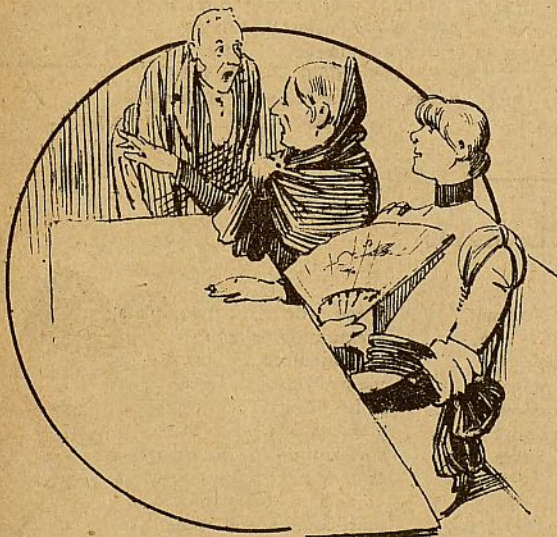
EN EL CAFÉ



—¿Qué quiere Vd.? ¿Café?—Si.
—¿Con tostada?—Ya me agrada...
Pero, mira: la tostada
ya te la daré yo á tí.



Escenas traji-cómicas,
propias de las familias económicas.



—Mire Vd., camarero: si aquel joven que nos ha ve-
nido siguiendo se sienta á esta mesa, sáquenos Vd. un
helado y un *bisteque* para cada una, y si no se acerca,
un helado para las dos.



—¿Qué va á ser?
—¿De mí? ¡Lo que Dios quiera, hijo, lo que Dios
quiera!



y nutren con las flores de sus mejillas
el avispero de ósculos de sus labios.

Cifran en estar juntas todo su anhelo,
lo mismo por la noche que por el día,
y se llaman «vidita», «cacho de cielo»,
«terroncito de azucar» y «chacha mía».

Yo he visto muchas veces el mútuo encanto
con que se prodigaban tan dulces nombres,
y es lo que yo me he dicho:—¡Por Cristo Santol
¿Qué harían estas chicas si fueran hombres?

Lo malo es que, egoistas de su hermosura,
se muestren con los hombres duras y foscas
¡cuando hay soltero virgen, pongo por cura,
que anda, á falta de chicas, cazando moscas!

Mientras ellas, en torpe relajamiento,
derrochan, al juntarse sus frentes albas,
dándose cada beso, que es un portento...
¡semilla en tierra estéril, fuerza en el viento,
pólvora en salvas!

JOSÉ DE DIEGO.

CORNELLANA

Soy yo, yo mismo, Cornellana mía;
yo, que llevo en el alma todavía,
después de tantos engaños duros,
la dulce poesía
de tus valles recónditos y oscuros...
Soy yo, que vuelvo á contemplar tu río,
como una franja que cayó del cielo
para alegrar las tardes del estío;
vuelvo á pisar tu suelo,
y vuelvo lleno de cansancio y frío...

Cuando te abandoné, mi Cornellana,
mi existencia corría
dorada por la luz de la mañana.
¡Ay! ¡Cuando vuelvo á tí, todo me enfrió!
Entregado al vaivén de la fortuna,
no hay más defensa para el alma mía
que el triste rayo de la blanca luna.

Pasaron ya las celestiales horas
de mi niñez serena,
las músicas de amor arrulladoras,
que hacen la vida parecer amena.

Nada los vuelos de mi mente ayuda;
siento los acicates de lo arcano,
las sórdida ambición, la horrible duda
y el imposible de un amor lejano.

Mas algo tengo en tí que me consuela;
un campo con un puente y unas flores
y una cruz paralela

á tus altas montañas...

y en el fondo el hogar de mis mayores,
amor de mis entrañas,
donde nació la madre de mi vida,
donde aún el ángel de mis sueños vuela,
donde en la hora fatal de la partida
quedó mi corazón de centinela...

Y más lejos, envuelto en el misterio,
pero alfombrado por las gayas flores,
el triste y apartado cementerio
donde hallaron sepulcro mis mayores.
¡Qué silencio tan grato y elocuente!
¡Como á rezar, y hasta á morir, convida!
¡Quiero dormir, dormir eternamente
en su tierra querida!...

Del montecito aquel sobre la cresta
todo es silencio y soledad hermosa;
ya mis antepasados en la losa
duermen las horas de su larga siesta,
jamás interrumpida...

¡Nada les turba, nadie les molesta!
¡A mí me cansa tanta sacudida!
De su ansiedad y su dolor ¿qué resta?
¡Sombras de una ilusión desvanecida,
vagas nieblas de límites inciertos!...
¡Qué sueño tan traidor el de la vida!
¡Qué noche tan feliz la de los muertos!

RICARDO J. CATARINEU.

ESE ES EL MAL

—¡Ay, doctor, yo estoy muy mal! —Pues la lengua no está mal,
Alivie usted mis quebrantos,
¡por Dios y todos los santos
de la corte celestial!

Mi dolor crece y se aviva
mientras que la angustia crece,
y hasta para hablar, parece
que me falta la saliva.

—Trataré de que el mal ceda,
y no se intimide usted,
porque estoy aquí, y haré
lo que buenamente pueda.

Además, no hay calentura,
y á no ser por el dolor,
la encuentro mucho mejor
de lo que usted se figura.

—Ustedes todo lo ven
en un estado normal.

y el pulso lo encuentro bien.

Ningún síntoma se nota
de lo que usted me indicó...

En fin, hable usted, que yo
no comprendo ni una jota.

—Bueno. Salí hace tres días,
y volví á casa después,
con las plantas de los pies
muy frías, ¡pero muy frías!

Y, mire usted si es rareza,
mi malestar comenzó
cuando el frío se subió
de los pies á la cabeza.

Mi hijo que es de gran valía,
según afirma la gente,
y que ahora precisamente
estudia Patología,

me ordenó dieta completa,
asegurándome aquí
que mientras siguiera así
me ordenaría la dieta.

La observé bien rigurosa,
y en los días posteriores
aumentaron los dolores
de una manera espantosa.

Sufrí ataques repentinos,
sentí como si soplasen,
y al mismo tiempo arañasen
en todos los intestinos.

Antes de venir usted,
mi estómago se ha excitado
de tal modo, que me ha dado
un calambre... ó no sé qué.

Mi hijo cree que, si el mal
no se llega á combatir,

podiera sobrevenir
una *eclampsia intestinal*.

—Su hijo de usted es un talento
y asombran sus teorías.

¡Es decir que hace tres días
que no toma usted alimento?

—Justo.—¡Tres días á dieta!
Pues ya me explico el calambre.

¡Lo que tiene usted es un hambre
que se lo lleva Pateta!

JULIO MARTÍNEZ LECHA

DOS ENFERMOS

La yegua del Sr. Marqués continuaba enferma.

También se iba agravando de día en día el padre de Antonio; entre otras cosas, porque escaseaban las visitas del médico y porque faltaba dinero para adquirir los medicamentos que la enfermedad exigía.

El colchón en que yacía el sexagenario era de paja de maíz, y el prestamista que guardaba en garantía los demás muebles y efectos de la casa, había eliminado el colchón poniendo en la muestra del establecimiento: «*Ropas y demás efectos que convengan.*» Y no convenían ni el colchón de paja de maíz, ni la única silla que á causa de su edad y de sus achaques debía permanecer arrimada á la pared, pero que ni aún con este auxilio podía ejercer sus funciones; hacía las veces de velador.

Antonio quería a su padre entrañablemente; comprendió que era necesario un esfuerzo supremo, removió todas sus relaciones y pudo obtener así la plaza de lacayo, en casa del Sr. Marqués, que se la adjudicó, no precisamente para complacer á los amigos que se lo recomendaron, sino porque por casualidad Antonio era tan buen mozo como su antecesor y podía, por lo tanto, utilizar sus libreas sin gasto alguno.

El cocheró, que había recomendado á otro candidato pariente suyo, recibió á Antonio con muy malos modos, pero no tuvo más remedio que darle posesión, y el sombrero, la levita, el chaleco y los pantalones negros, porque en la casa vestían luto por la muerte de un tío del Sr. Marqués.

A las doce de la noche recogieron á los señores que para distraerse de la muerte del pariente habían ido al Real, y á la una de la madrugada quedó completamente libre el lacayo.

Se dirigió á su domicilio precipitadamente, menos triste que de ordinario, con la esperanza de poder anunciar á su padre tan fausto acontecimiento; pero como el hombre solo propone, los infernos habían dispuesto

que la enfermedad adelantara á tal extremo que el pobre Antonio encontró ya á su padre sin conocimiento.

No se desesperó del todo, en la confianza de que el recargo lo había producido la noche, y que, por lo tanto, al aparecer el sol recobraría el enfermo el uso de sus facultades intelectuales, pero el médico que casualmente visitó á un enfermo vecino, anunció á Antonio bruscamente que el trastorno del cerebro de su padre no era accidental, sino definitivo.

Hacía tres días que por orden de la Sra. Marquesa, que tenía muy buen corazón, el albeitar permanecía en vela durante la noche al cuidado de la yegua.

En la tarde del cuarto día, un billete perfumado recordó al veterinario que había aquella noche baile en Capellanes y que, cumpliendo lo ofrecido el sábado anterior, no faltaría la autora del manuscrito.

El cocheró no pudo reemplazar al albeitar, á pesar de la amistad que les unía, porque el perder la noche estropeaba mucho su salud y porque se había casado recientemente. Se quedó Antonio, que al fin y al cabo era soltero. Recibió las instrucciones convenientes para que nada faltara á la enferma, el cocheró cumplió con su mujer y el veterinario con su dama.

Y aquella misma noche falleció el sexagenario.

Los señores adelantaron, á cuenta de salarios, el pico indispensable para el ataúd, y Antonio y un vecino trasladaron el cadáver al cementerio.

Como á causa de la enfermedad se habían contraído muchas deudas, con el solo objeto de satisfacerlas cuanto antes, volvió Antonio á ocupar su plaza el mismo día, el mismo día casualmente, en que terminaba el luto el señor Marqués, y el mismo día también en que la yegua completamente restablecida pudo salir á tomar el sol en compañía de Antonio, que con su arrogante figura, su rostro pálido y desencajado y su flamante librea encarnada, llamaba verdaderamente la atención.

A. LLANAS.

DESLIZ

I

Me ofende tu recelo:

No hay que pensar que la razón te asista.

Yo busco en mi modelo

La belleza que busca todo artista;

Nunca sofíe con el impuro anhelo

De lograr su deshonra por conquista...

¡Otra vez! esa duda me exaspera...

No; si me consta que jamás fui santo;

¿Mas no ves que, si á tanto me atreviera,

Esa mujer, cuya virtud ofendes,

Perdiera para mi todo su encanto?...

Si, su encanto mayor... ¿no me comprendes?...

Además, ¿soy tan débil que sucumba

Sin luchar con la carne maldecida?

¿Y aquella voz que en la conciencia zumba

Recordando el deber cuando se olvida?...

Ya tu ves, no es posible la caída;

que al copiar en el lienzo la belleza,

está el alma soñando y distraída...

¡Y el alma no tropieza!

II

Déjame ya con tu maldito asedio...

El demonio venció; ya no hay remedio.

La conciencia gritó sin que la oyera,

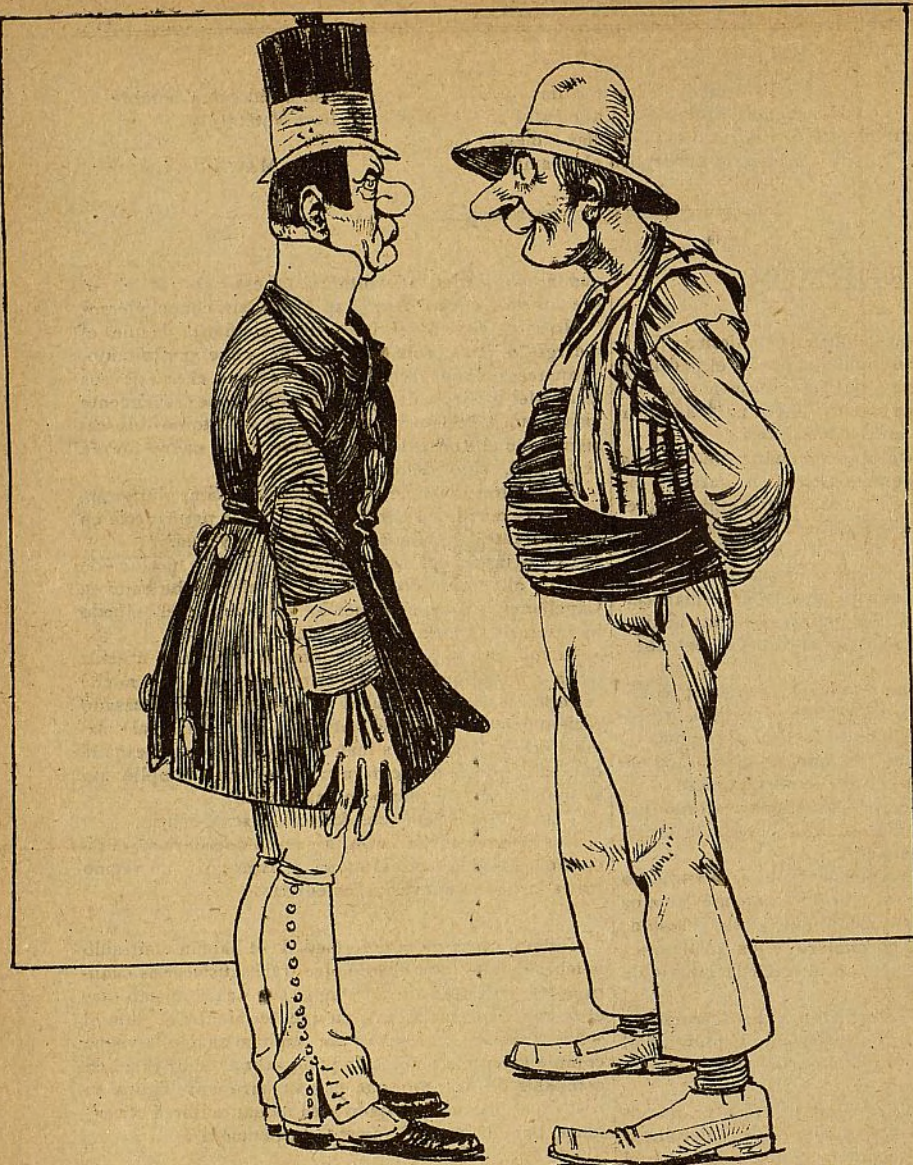
El vértigo fatal turbó mi vista

Y al olvidar mi condición de artista

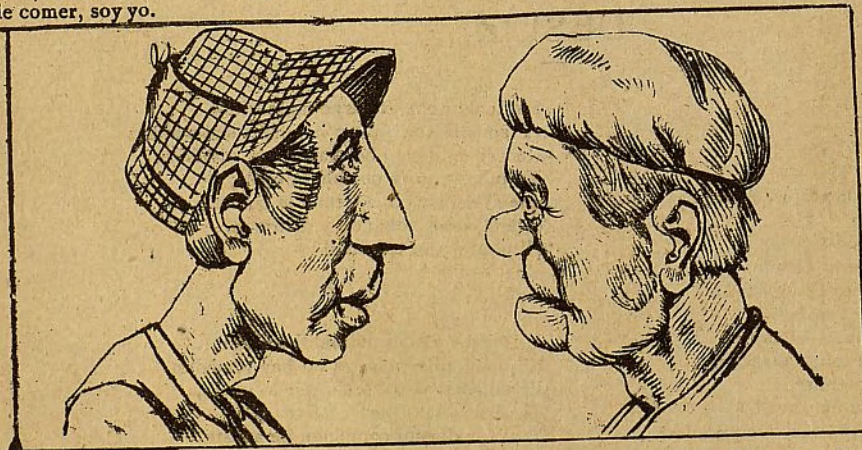
Me hallé simple mortal como cualquiera!

RAMON TRILLES.

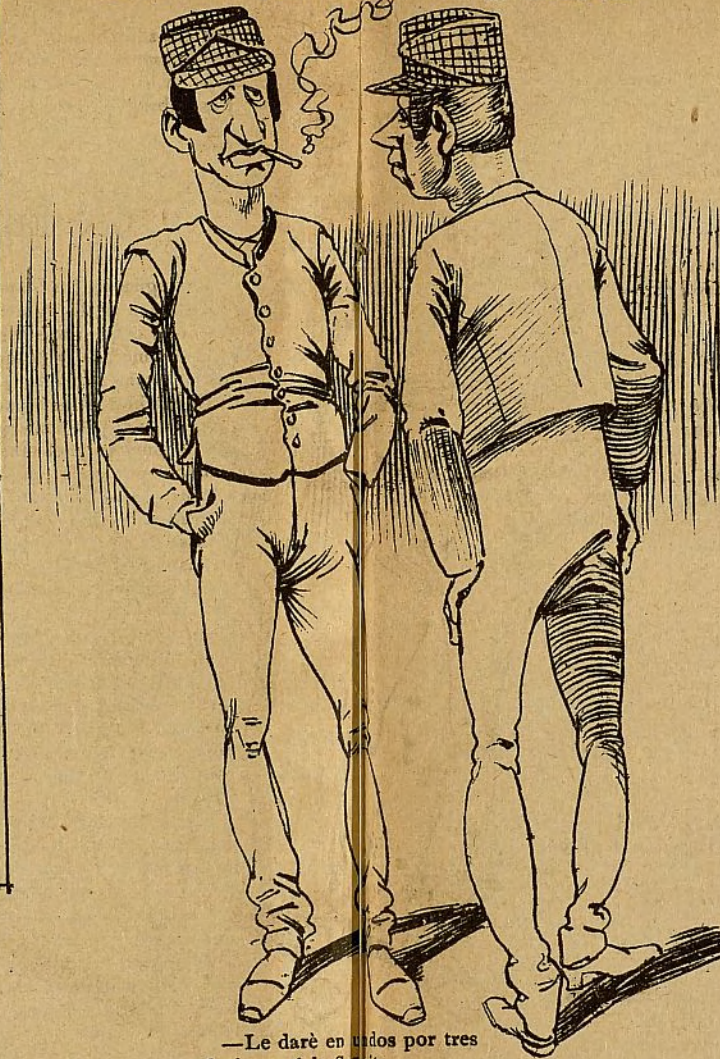
LA SEMANA CÓMICA ENTRE FAMULOS



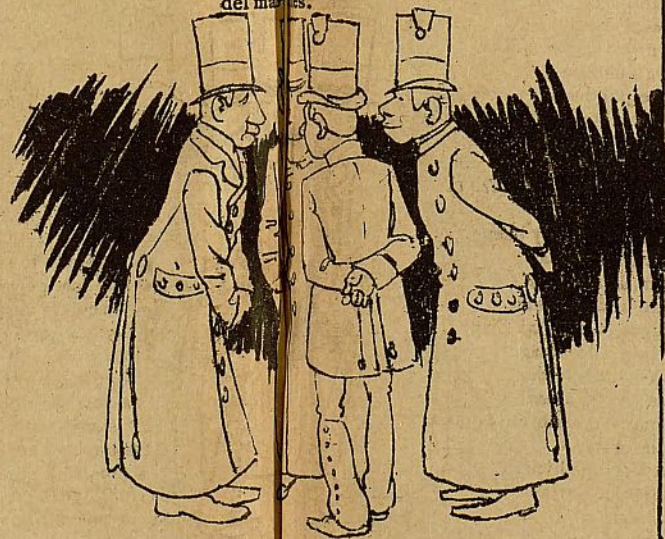
—Pus figúrate tu que el ministro se incomodó y le dijo á mi amo que tal y que cual y que él, y no otro, era el que le había llevao al Congreso.
—¿Y qué?
—¡Toma! que es mentira, porque quien lleva al amo al Congreso, cada tarde después de comer, soy yo.



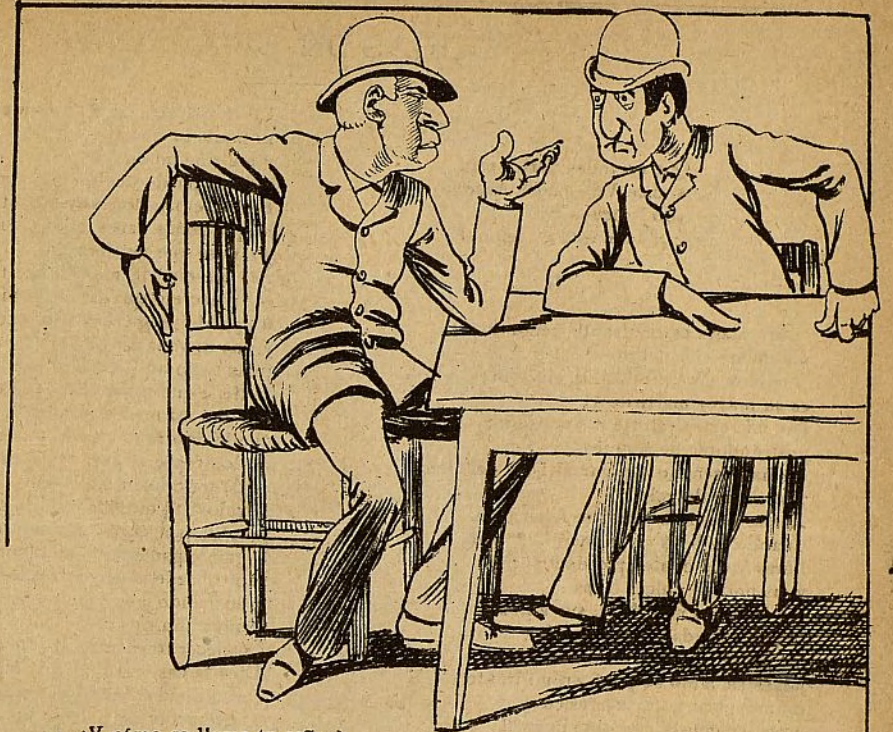
—Y mire Vd.: una ventaja les llevo yo á toos esos personajes tan reanombraos, y es que ellos, el que más y el que menos, cada uno tiene una carrera; y yo, sólo ganadas, llevo diez ó doce... y las que me quedan que correr todavía.



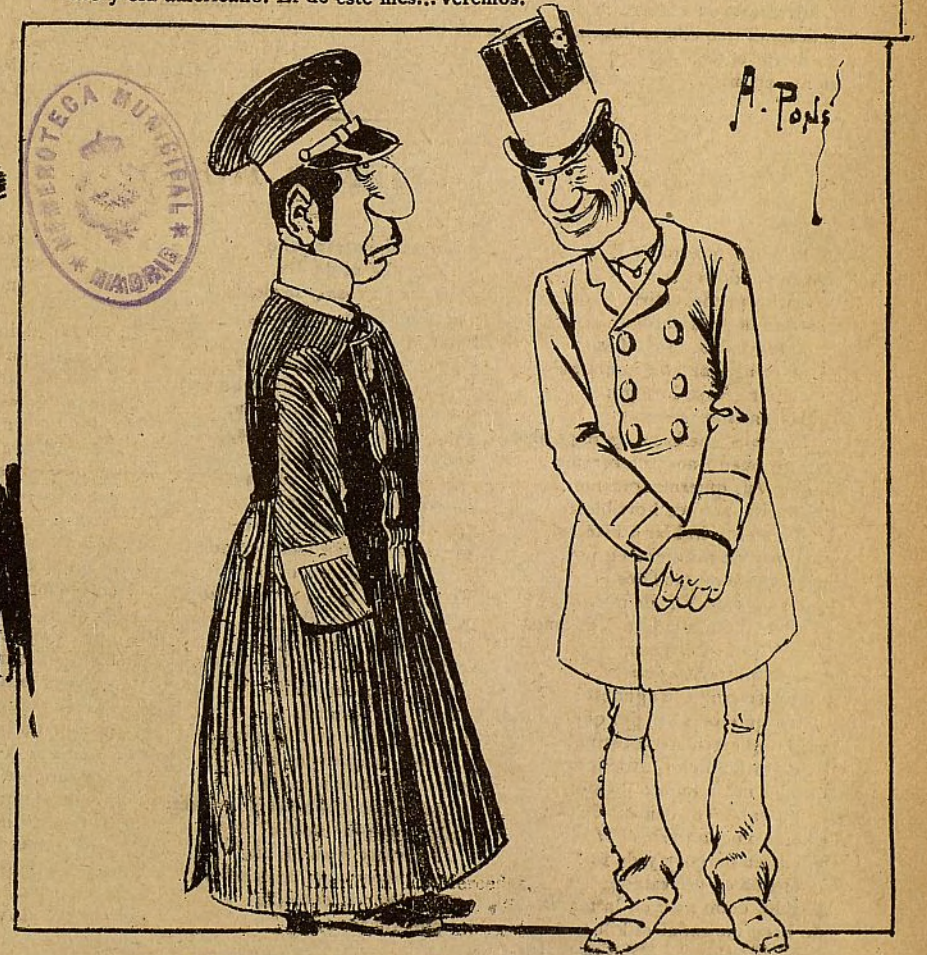
—Le daré en todos por tres el pienso á la Señalita.
—¿A la señorita Andrés?
—... que es la yeta favorita del marqués.



—Pus este invierno pasado oía estar enredao mi amo con una que le llaman la Sonámbula, que toas las noches iba á verla.



—¿Y cómo se llama tu señor?
—Eso hay que preguntárselo al ama, hijo. El del mes pasado se llamaba Celedonio y era americano. El de este mes... veremos.



—... y vamos, que sí, que el difunto era un poquito más grande.

DUDAS DE UNA NIÑA

I

¿Que en todas partes está
Dios, dice Vd., padre Antonio?
Si todo lo ocupa ya,
diga: ¿dónde está el demonio?

II

Mi madre es una santa, señor cura;
me quiere con delirio
y se mira en las niñas de mis ojos;
es su mayor martirio
que mi rostro retrate la amargura;
postrándome de hinojos,
me ha enseñado á rogar al Dios del cielo,
y su dulce desvelo
es que á su hija jamás le falte nada.
Cuando la beso en la mejilla amada,
llorar yo la contemplo de alegría,
y cuando en dulces lazos
me dice que me adora, sus abrazos
son su felicidad y son la mía.
Mi padre no es lo mismo:
jamás su labio se posó en mi frente;
nunca pude mirarle sonriente
á no ser con la risa del cinismo!
Se embriaga, señor, todos los días
y en sus raras manías
á mi madre maltrata,
y despues que ella en lágrimas desata
su dolor, el tirano
sienta en mi cuerpo su callosa mano.

Yo no puedo quererle, aunque es mi padre,
ni nadie lo querría,
y me riñe mi madre
mas no puedo ocultar mi antipatía.
En secreto, señor, voy á contaros
lo que jamás pensé que yo dijera:
yo quise que muriera
este secreto vil, mas de ocultaros
el vil secreto que en mi pecho arde,
no puedo preguntaros lo que quiero;
y que es vana porfía,
¡mas temprano ó más tarde
lo tiene que saber el mundo entero!
Yo oí á mi madre un día
que le dijo á mi padre: «Ese dinero
no lo acepto jamás; es de un delito,
es de un crimen maldito;
llévalo á tu querida, ella lo quiere,
pero tu esposa no; ¡primero muere!»
Dígame, padre cura: si algun día
ya no puede sufrir mi madre tanto
y, acabando una vida de quebranto,
se suicidara, ¿iría
á padecer tormentos al infierno?
¿Dios la castigaría al mal eterno?
Y si mi padre muere confesado,
se arrepiente de todo en un momento
é implora la bondad del Dios airado,
¿se libra para siempre del tormento?
Al terminar de la batalla ruda,
¿Dios el perdón dará ó dolor sañudo?
¿No me contesta usted? ¡Eso es que dudal
¡yo he dudado tambien, tambien yo dudol
F. TRISTAN DE LARIOS.

¡LO SIENTO MUCHO!

Adelina ¡por piedad!
No la puedo resistir
y así no puedo vivir:
¡esta es la pura verdad!
Estoy harto, lo confieso.
¿Qué es usted amable conmigo?
Pues por eso se lo digo:
¡precisamente por eso!
Por más que hago, es imposible;
no, no puedo acostumbrarme
á que Vd. quiera adorarme...
¡Señorita, esto es horrible!
Yo siento hablar á usted así,
mas voy de mi dicha en pos,
para ver si quiere Dios
que se olvide Vd. de mí.
¿Por qué me quiere Vd. tanto
y es Vd. tan cariñosa,
que de puro *pegajosa*
yo no sé como la aguanto?
Yo quiero saber por qué
así en quererme se obstina,
¡sí ya la he dicho, Adelina,
que yo no la quiero á usted!
Ya sabe Vd. demasiado
que no puedo darle *el sí*,
y, sin embargo ¡ay de mí!
continúa en ese estado,
y ha dado usted en la manía
de hacerme sudar el kilo

(x) Un rípio que no he podido evitar.

y no me deja tranquilo
ni de noche ni de día.
Voy á su casa y se sienta
usted á mi lado, me mira,
habla bajito, suspira
y esto, claro, me revienta.
Y me habla Vd. de su amor,
de las brisas, de las flores,
de aromas embriagadores,
del arroyo arrullador,
y de los alegres trinos
que lanza el ave canora...
¡A mí, esas cosas, señora,
no me importan tres pepinos!
Yo no lo puedo evitar;
no me hace mella su hechizo,
y, es claro, me ruborizo
sin poderlo remediar.
Si va usted al Teatro y yo
estoy, por casualidad,
es una barbaridad,
pues que quieras ó que no,
usted los gemelos cala,
y mira de una manera...
¡como si otro hombre no hubiera
allí, dentro de la sala!
Todos se fijan en mí,
y me encocora y me asedia,
pues ni veo la comedia
ni puedo ¡arar allí.

Muy graves complicaciones
esto pudiera traer,
porque se pueden hacer
malas interpretaciones.
Dirán todos sin dudar
que nos queremos los dos
y... en fin, solo sabe Dios
donde iremos á parar.
Yo lo siento, Vd. me adora
y yo quisiera quererla
á Vd. y corresponderla
como merece, señora,
pero no es posible, no;
de todo punto imposible
es que á esa pasión... *horrible* (1)
corresponder pueda yo.
Yo sé que Vd. es muy buena,
que es amante, cariñosa,
bien educada, hacendosa
y á más muy linda morena.
mas renuncie usted á tal bien,
porque no la puedo amar.
¡Me tiene Vd. que olvidar
por siempre jamás, *amen!*
que aunque el decirlo me agobia,
lo diré: Si la quisiera,
¿qué quería Vd. que hiciera
con mi pobrecita novia?

JAVIER LUCEÑO CRESPO

ECONOMÍAS.



Si me gustaran los segundos títulos añadiría: *Artículo de fé*, porque pasa con las economías lo que con los misterios religiosos: hay que creer en ellas sin verlas ni entenderlas.

Pero no me agradan los subtítulos y, aunque me agradasen, en la ocasión presente, parece oportuna la supresión... por economía.

Todo el que predica debe dar ejemplo, y como yo no pienso echar á ustedes un sermón sobre la conveniencia de conservar el dinero (*conservare digneris*, según un acreditado monaguillo) natural es que procure economizar tinta.

La deducción no resulta lógica á primera vista, ni siquiera á vista de aduana, pero es hermana gemela de la que hacen los ministros de Hacienda que gastamos ó que nos gastan, cada vez que confeccionan unos presupuestos: como los contribuyentes están sin un cuarto, lo que procede es aumentar los impuestos antiguos y crear otros nuevos.

Sin embargo, hay que ajusticiar, digo, hacer justicia, á los que en el presente momento histórico rigen los destinos de la nación española, como diría Ferreras, escritor elegante é ilustrado con láminas.

Ahora va de veras lo de las economías, pues pasarán de veinte millones de pesetas; y semejante cifra no es secreción nasal de pavo, (precioso circunloquio de una vecina que me ha salido debajo del piso que yo ocupo, y que es incapaz de pronunciar la palabra *moco*.)

Pero no divaguemos; es decir, no divague yo, pues ustedes no entran ni salen en el asunto.

Es el caso que todo se pega menos lo bonito y los billetes de Banco y otras muchas cosas.

Hasta el feo vicio del desafío se ha pegado al sexo femenino.

En Bilbao, y sin duda por algún apuesto doncel, se han batido con todas las reglas del arte, á garrote sucio, dos barbianas.

Verdad es que las tales dieron muestra de que las mujeres están sobre nosotros cuando no están debajo, pues una de ellas, al cabo de un rato de vapuleo mutuo, dijo á la otra con loable franqueza:

—Basta: eres más valiente que yo.

Y ambas, con sendos consistorios en el cuerpo, se fueron á la taberna.

Y se partieron simbólicamente el objeto del *litigio*, tomándose dos medios chicos.

Volvamos en sí.

Es el caso que eso de las economías se nos ha pegado también.

—Te advierto, Prócula, que es necesario economizar —decía cías pasados don Silvestre del Todo á su consorte.—Los comestibles van caros y además, cuando el gobierno se decide por las economías, los gobernados debemos hacer otro tanto.

Doña Prócula, casada con premeditación y alevosía, ó sea en terceras nupcias, y que disfrutaba un genio de mil caseros, tuvo tentaciones de pegar un mordisco á su consorte.

Pero se contuvo y repuso sonriendo mefistofélicamente:

—Está bien: se economizará.

Y no fué lo peor que lo dijera, sino que lo hizo.

Desde aquel día suprimió el desayuno, el principio y el primer plato de la cena... de su marido.

Y si él se queja del régimen dietético á que le sujeta su costilla, responde ésta:

—Tu lo dijiste: los gobernados deben imitar á los gobernantes. ¿Acaso los ministros no hacen economías rebajando los sueldos de otros, pero no los suyos?

Y ante argumento de tál fuerza, don Silvestre baja la cabeza... y cuando sale de su casa, se va á la fonda, temeroso de perder sus hermosas carnes.

El contagio de hacer economías es más general que Martínez Campos, si bien cada cual tiene su modo de matar pulgas y de ser económico.

Un amigo mío va siempre en tran-via ó en coche de alquiler, para *economizar* botas.

Otro no deja de fumar un solo instante y enciende un cigarro con la colilla del anterior, para *economizar* cerillas.

Pero ninguno como Pepito Boliche.

Le encontré la otra noche en compañía, de una de nuestras primeras horizontales y no pude menos de decirle (aparte, por supuesto):

—¡Parece mentira que seas un hombre casado!

A lo cual me contestó:

—¡Qué quieres! Los tiempos están malos y es muy justo que economice... ¡á mi mujer!

Y antes de que ustedes dejen de leer este artículo, para no malgastar la atención y la vista, pongo punto final, encargándoles que sean económicos.

Pero no como Pepito Boliche.

BLAS QUITO.

FRIOLERILLAS

Entre un sabio pedagogo y un discípulo muy trucha.

—Dígame, señor maestro, ¿quiere aclararme una duda que me asalta?

—Habla, chiquillo; que aunque sea tu pregunta

muy difícil, para mí no hay dificultad ninguna.

—¿Por qué llama usted pulgar al *dedo gordo*?

—¡Calcula!

Porque una de sus falanges tiene una pulgada justa.

—Pues, mire usted, yo creí...

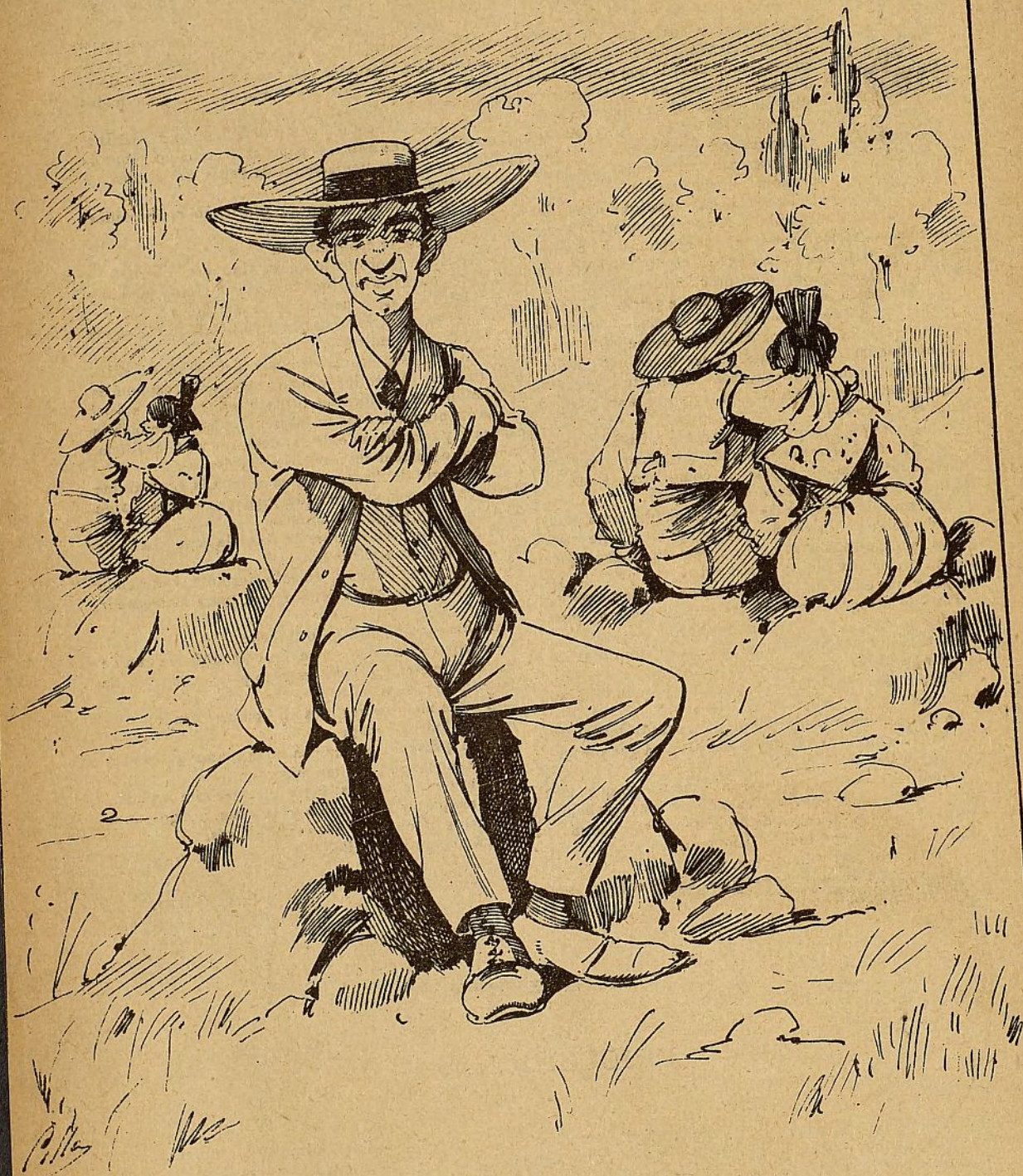
—¡Alguna simpleza tuya!

—Que usted lo llamaba así, *pulgar*...

—¡Acaba, criatura!

—¡Porque con él suele usted matarse siempre las *pulgas*!

CARLOS C. CATALÁ.



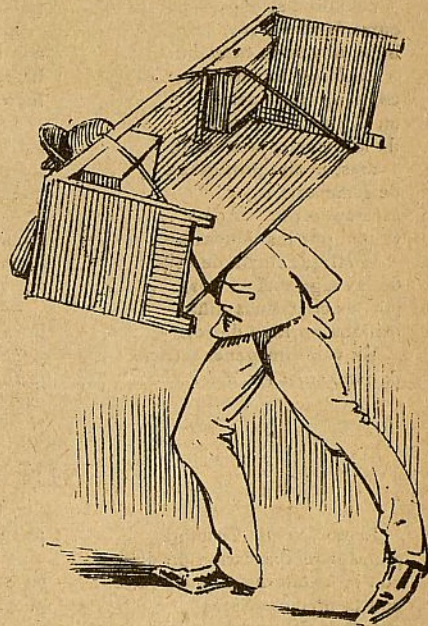
—¡Pues señor, bien! Abandono mi fábrica de papel para venir á pasar unos días en el campo... ¡y resulta que no es mal papel el que estoy haciendo!

ANUNCIOS ILUSTRADOS

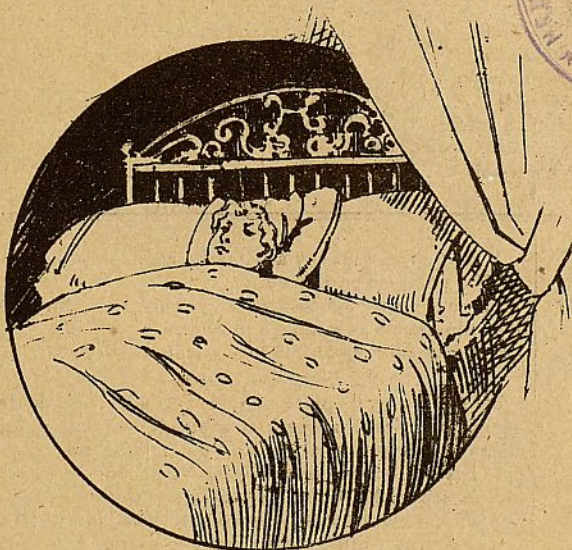
(TEXTO DE LOS DIARIOS LOCALES)



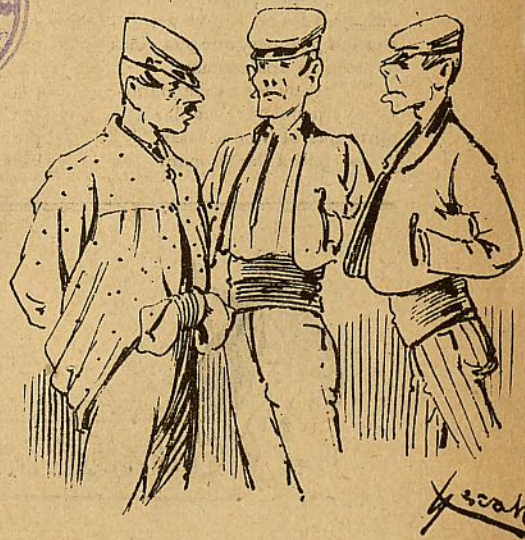
SE DESEA un socio capitalista. Dirigirse al interesado.



SE NECESITA un dependiente para correr con el mostrador de una tienda. Calle... etc.



UNA SEÑORA desea encontrar dos caballeros, sólo para dormir.



AGENCIA para la limpieza de pisos y habitaciones. Prontitud y esmero. Calle de... etc.

REIR Y LLORAR A UN TIEMPO

En el corazón de Juana,
—cuando á su esposo perdió—
entre la risa y el llanto
hubo una seria cuestión;

El llanto imperar quería
como absoluto señor
en el estrecho recinto
de la humana sensación;
mas, la risa protestaba
de semejante rigor,
asomando por los ojos,
ya que por los labios no.

Igual que lluvia de estío,
de las lágrimas en pós,
por las cristalinas niñas
brillaba un rayo de sol.

En vano imágenes tétricas
la amargura y el dolor

presentaban á la viuda,
para aumentar su aflicción.

En vano el llanto anegaba
con su paso destructor,
lirios y rosas que encanto
fueron de amante pasión.

La alegría retozona
sublevaba sin temor
los instintos de aquel sér
que para gozar nació.

—Reirse debe—la risa
esclamaba en alta voz,—
la que libre se contempla
del yugo de un opresor.

—¡Muy al contrario: llorar,
llorar es su obligación!
¿Qué diría la moral?—
gritaba el llanto invasor.

Era el cerebro testigo
de una lucha tan atroz,
y por dar fin al debate,
asi mesurado habló:

—Al llanto razón le sobra,
la risa tiene razón;
solamente un medio queda
que reconcilie á los dos.

Cuando enviude una mujer,
aconsejo desde hoy,
que impere el llanto en los ojos,
la risa en el corazón.

Desde entonces es costumbre,
evitando un *quid pro quó*,
reír y llorar á un tiempo
y, á mi ver, es lo mejor.

JOSÉ M.^a CODOLOSA.

SIN RESPETAR NADA

Lector, verás. Yo tenía
ganas de embarcarme un día
con la muchacha á quien quiero,
con la preciosa Sofía,
asombro del mundo entero
por su rostro angelical,
por su sal y su palmito,
y porque no hay otra igual.
¡Cuando ella derrama sal
le deja al mar *tamanito*!

Todas la envidian, porque es
un modelo de donaire...

¿Y sus pies? ¡Vaya unos pies!
Te fijas y no los ves;

¡parece que anda en el aire!

¿Y sus ojos? No me riñas
si te digo que quizás
más grandes no los verás;
son tan grandes, que sus niñas
parecen ya dos mamás.

Por ver su mano me afano;
es muy pequeña, ejemplar..
tanto que al irme á casar,
no me podrá dar su mano

¡no tiene mano que dar!

A besarla no se atreve
mi boca, al verla reír,
pues nadie besarla debe,
que son sus dientes de nieve...
y se pueden derretir.

Pues bien, con esa muchacha
que por lo amable descuella,
que no hay otra como ella
y es tan lista y vivaracha
como simpática y bella,

en un bote muy ligero,
que guiaba un marinero,
me embarqué, sin rumbo fijo.

—¿A dónde vamos?—me dijo
ella, con mucho salero
y la contesté muy fino:

—Donde tu quieras, Sofía,
pues yendo tú, vida mía,
me gusta cualquier camino;
¡hasta el de la vicaría!

Comienza el bote á surcar
muy rápido el azul mar,
dejando tras sí una estela...

¡Más que andar, el bote buela!

¡Qué manera de marchar!

¡Cuando en medio del mar ví
aquel líquido elemento,
yo no sé lo que sentí!
Se elevó mi pensamiento
y comencé á hablar así:

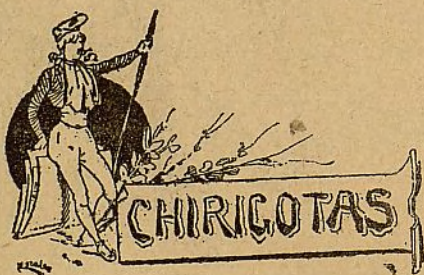
—Me gusta, hermosa Sofía,
reclinarme así en tu seno,
mientras esa mar bravía
forma atroz algarabía,
ruge sorda como el trueno.

Viendo esa estela detrás,
y que del amor el lazo
no nos separa jamás,
me gusta más el abrazo
y el beso me gusta más.

Y el marinero con justa
razón, y el ceño frunciendo,
nos dijo medio riendo:

—¡A mí es al que no me gusta
lo que ustedes van haciendo!

J. RODAO.



Y en aquellos tiempos, existía un diario llamado *El Diluvio*.

Y sucedió que uno de sus redactores fué un día... es decir, una noche, á ver el *Orfeo* de Gluck.

Y, la misma noche, al salir de la audición del *Orfeo*, fué á ver *Certamen Nacional*.

Y dijo, dice: «Yo voy á llamar la atención.»
«Y á ponerme en ridículo.»
«Porque en verdad os digo que yo quiero escribir esto de modo que no lo entienda ni Dios.»
Y fué, y cojió y escribió lo siguiente:

«Del *Empíreo* á *Puerto-Rico*

«O sea matar dos pájaros de una pedrada. Este doble logogrifo se descifra muy bien sabiendo que por impedimentos inherentes al verano, se trata de no haber oído hasta anoche la ópera *Orfeo* y la bufa de *primo cartello* señora Martínez. La música de *Orfeo* nos llevó al cielo, y de él caímos luego en un conocido cafetal de la pequeña Antilla cuyo zumo nos sirvió la señora Martínez con muchísimo cariño. Acallemos la maledicencia. A un tiempo que á nosotros, lo escanció aquella notable artista con igual mimo á dos millares de concurrentes que ocupaban el gran barracón titulado Nuevo Retiro. Sus incitantes *mi niño* no lograron por eso (léase: A PESAR DE ESO) hacernos olvidar los divinos lamentos

de *Orfeo*, ni mucho menos quitarnos de la cabeza el concepto de que nuestros empresarios de teatros han sido muy torpes dejando de dar á conocer en Barcelona una partitura que trae embelesados á cuantos la escuchan. Las demás consideraciones que sugiere la sublimidad de Gluck, autor de dicha ópera, (*¿de cuál?*) no son para vaciadas en una gaceta escrita al sesgo y de refilón. Bien se merece un artículo el Wagner del siglo pasado ó un buen suelto; más el día que nos decidamos á escribirle tendrá que precederle, entonces no seguirle una buena taza de excelente café Puerto-Rico, jamás de aquel empero que con tanto donaire preconiza la vivaracha señora Martínez.»

De cuyo galimatías se deduce: 1.º que el autor del suelto escribe gacetillas, como pudiera poner picas: al sesgo y de refilón.

Y segundo: que la vivaracha señora Martínez preconiza con mucho donaire *aquel empero*.

Lo demás del suelto no lo entiendo.

Ni ustedes tampoco.

✱

Juan Perez Zúñiga, el escritor de agudísimo ingenio, cuyo donaire han celebrado más de una vez los lectores de LA SEMANA COMICA ha coleccionado en un tomo titulado *Gárgaras en verso*, algunas de sus más chispeantes poesías,

El tomo, que es el 54 de la Biblioteca *Paratodo el mundo*, que edita la casa Domenech de Valencia, está divinamente presentado y se expende al modesto precio de 2 reales en todas las librerías y puestos de venta.

¡Salud y ediciones, D. Juan!

✱

El enteco Bernabé:

— Soy un buen mozo, decía,
y al decirlo no mentía,
que es buen mozo... de café.

✱

—Don Bartolomé Galdós
¿vive aquí?—No le conozco.
—Pues las señas sí son estas;
mire Vd.: «calle del Rollo...»
—Galdós sí que es mi apellido,
pero mi nombre es Bartolo.

M. MARZAL Y MESTRE.

✱

Parte de la prensa se ha ocupado en estos días en el alcantarillado de Gracia.

Y con este motivo dice un colega, que los materiales que entran en la construcción «no están á la altura debida.»

¡Claro! Tratándose de unas cloacas...

¿O es que quería Vuesamerced que las construyesen á la altura de los terrados?

✱

Ahí van, por un sola vez, unos cuantos *colmos*.

El colmo de la habilidad para un peon —Arreglar el camino... de la gloria.

Para un editor.—Hacer una edición del libro de la Naturaleza.

Para un sastre.—Hilvanar una manga de agua.

Para un zapatero.—Clavar á unos zapatos un par de talones del Banco.

Para un maquinista.—Detener la locomotora en las estaciones del año.

Para un astrónomo.—Estudiar las fases de la luna... de miel.

J. BOGUÑA.

✱

—Bájate el vestido, niña.

Se te van viendo las piernas.

—¿Las piernas? ¡ay, no, mamá!

¿no ves que llevo las medias?

✱

Un anuncio del Diluvio:

«MÁQUINAS PARA COSER; compran, cambian y componen á domicilio. Calle T. A.»

Aquí tienen Vds. unas máquinas muy inteligentes... y muy amables.

Inteligentes porque saben comprar y cambiar, amables porque van á componer á domicilio.

Y á propósito: á componer ¿qué?



S. A. R.—Barcelona.—El caso es que están bien, que tienen un saborillo clásico delicioso... y que, sin embargo, son impublicables. ¡Ahí verá Vd.!

A. C. A.—Jaca.—El cuento es viejo, la versificación premiosa.

E. G.—Barcelona.—Padece una confusión,
que muy de veras lameato.
Porque Vd. tiene talento
y, además, tiene razón,

y si quisiera Vd. mandarme otra cosa que no fuera aquel soneto... J. J. R.—Barcelona.—Bueno; creo en la *ineditividad*, puesto que Vd. la garantiza. En lo que no creo, y le aconsejo á Vd. que no crea tampoco, es en la *publicabilidad*; entre otras razones, porque adolece de *flojetividad*. Y esta es la pura verdad.

0,001 de poeta. —¡Caramba! ¡si llega Vd. á mandar la firma! Y ahora ya es inútil, porque estas cosas en perdiendo la oportunidad del momento.

J. B.—Barcelona.—¡Vive Dios, que no está mal!

Pero, amigo, ese final...

E. R. M.—Barcelona.—Falta ahora saber á qué composiciones se refiere Vd. Porque se reciben tantas, que es imposible recordar.

A. L.—Saldrá una.

D. R. R.—Madrid.—Es, en efecto, digno del libelo más asqueroso, y creo sinceramente que no debía haberse permitido su publicación. Pero ¿no le parece á Vd. que en el punto á que han llegado las cosas, nadie, y menos el que no tiene autoridad para ello, debe intervenir en el asunto?

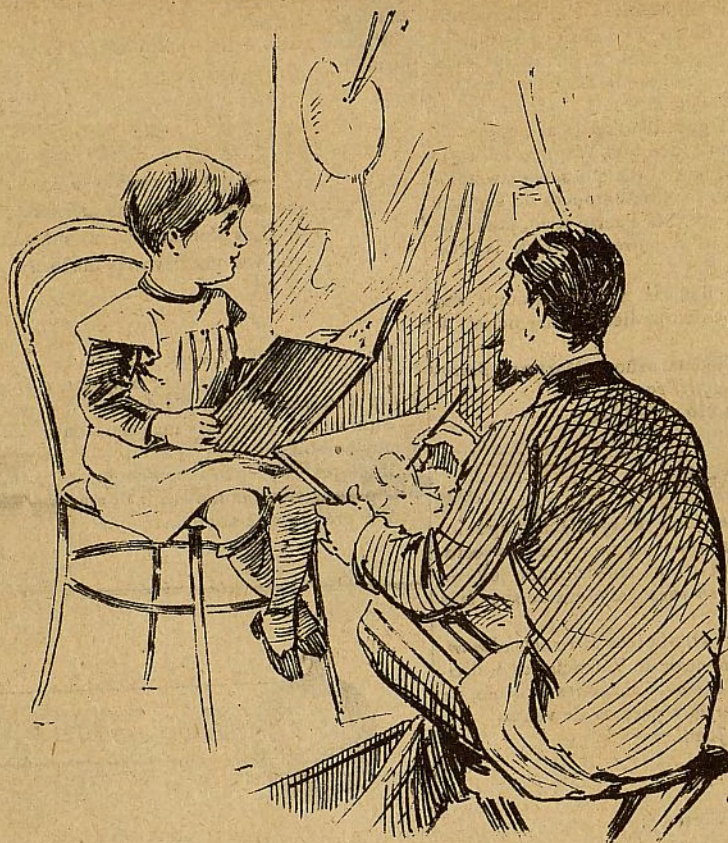
Señores cuyas composiciones ó dibujos no pueden ser publicados, y á los cuales me es materialmente imposible contestar detalladamente:—M. J., *Lagunas*; E. C. P. L., *Teléfono 130*; M. L. de M., *Chipotín*; J. O., *El último poeta*; B. R., *Dos tranquils*; R. O. L., *Sansón Carrasco y Pobre porfiado*. (Barcelona).—A. D. P. (Valladolid).—*Pichirri* y S. M. O. (Valencia).—*Camilín*, M. F. C., *El tío de la chica*, C. G. de la F., *Yumbo*, *Moisés* y R. H. N. J. (Madrid).—V. R. (San Andrés de Palomar).—*Fray Palique* y G. P. V. (Zaragoza).—K. *Jhon*. (Vitoria).—V. C. (Coruña).—*P. Floja* y B. de P. (Córdoba).—*Elizondo*. (Santander).—*Cuifás*. (San Sebastián).—E. E. (Murcia).—Q. K. *Racha*. (Sevilla).—L. B. F. (Valencia).—*Fray Jano* y M. A. C. (Barcelona).

G. N. de la C.—Madrid.—¡Pero si eso es más serio que el problema de la emigración!

Aguadilla.—Algún defectillo tiene; pero si quiere Vd. que se la arregle...

D. P. R.—Gracia.—Pues lo primero que se me ocurrió al ver el asunto del artículo, fué... descubrirme con respeto. ¡Con el respeto que me merece siempre la ancianidad!

Imp. Militar Arco del Teatro, pasaje, Barcelona.



—¿Y cómo me retratarás? ¿Del natural?
—Sí, hijo mío.
—Pues mira: entonces retrátame... comiendo bombones.

A nuestros lectores en la ISLA DE CUBA les recordamos que la única Casa autorizada para la venta, suscripción y reclamaciones de LA SEMANA CÒMICA y en donde siempre se hallarán ejemplares de este periódico, es la de la

Sra. Vinda de Pozo é Hijos
Galería literaria

Calle del Obispo, núm. 55.—Librería
HABANA

Tomo XV de la «Biblioteca Cómica»

PAJARITAS DE PAPEL

POR

José Borrás

Ilustraciones de C'LLA y de PONS

Precio: una peseta

Pidiéndola á nuestra Administración, 3 reales.

FOTOGRAFIA DE ESPLUGAS
PLAZA DEL TEATRO, NÚM. 7, 4.º, ENCIMA DEL HOTEL FALCÓN.

En este acreditado y conocido taller, se encontrarán siempre los últimos adelantos referentes al arte fotográfico.

TRABAJO INMEJORABLE. — PRECIOS MÓDICOS

Plaza del Teatro, núm. 7, 4.º, encima del Hotel Falcón.

Ayuntamiento de Madrid